



LA MORA DEL TAPIZ

HABIA comprado el tapiz en un almacén cualquiera para cubrir una puerta que sobraba en su despacho. En el tapiz se abría una perspectiva de harén y se destacaba una mora de hondo mirar.

Poco a poco aquella mujer casual fué influyendo e imponiéndose en su vida y llegó a no hacer otra cosa que buscar una mujer como la del tapiz.

Su obsesión por los morenos era tan vivo, que sostenía que uno rubio "es una morena oxigenada de nacimiento".

Por fin un día encontró la mora del tapiz y desde entonces va unido a una mujer rechoncha, morena, con las cejas unidas sobre el entrecejo.

¿Quién iba a decirle que aquel tapiz malo, con pebeteros mentirosos, iba a supeditar su vida a un destino incalculable?

LOS BOMBONES DE

LA QUE NO FUE

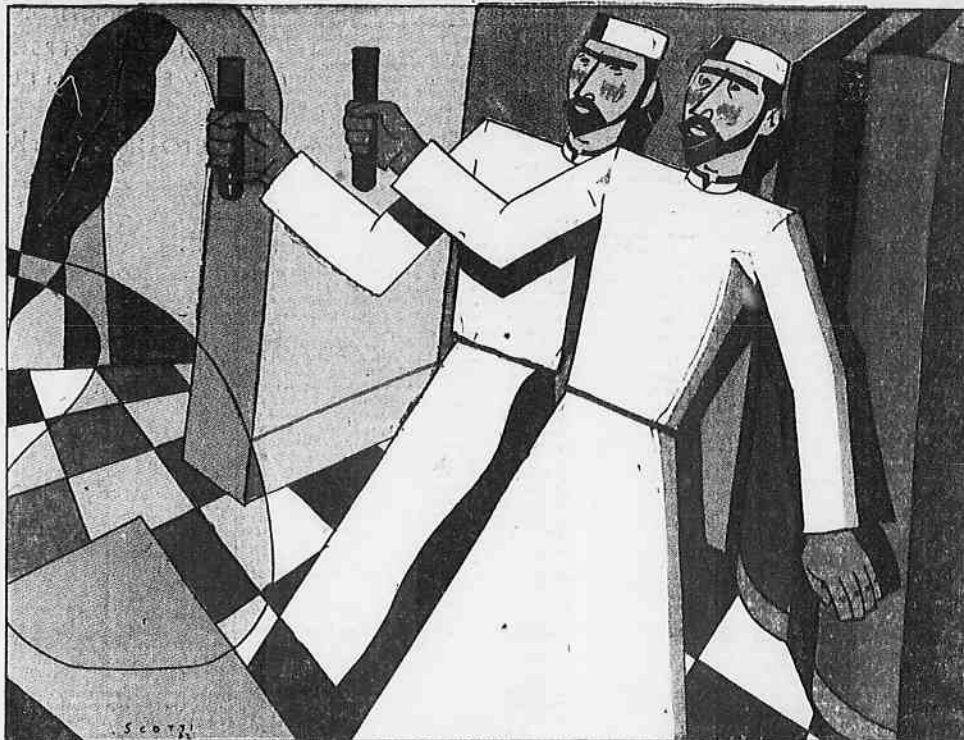
LA mayor infidelidad que se comete, el sumen de la falta de lealtad es aprovechar los bombones que se compran para la que no fué, para regalar con ellos a lo que nos visita mucho después.

Las almas de mujer son tan sensibles para lo no dicho, que entrevén las verdades ocultas.

Se ofrece la caja de bombones a la que no era su destinataria y se nota que su alma se pone en pie con recelo. Sólo esa imprudencia torcerá un nuevo amor y abismará una esperanza.

No dirá nada la que se atraca de los bombones que no eran para ella, guardará el secreto de lo que ha entreciudad, pero se coleccionará impermeable a las palabras insinuantes, rechazará la persuasión elocuente del apocreador de los bombones desairados por la otra.

Cuando la consignataria de unos bombones no acuda a la cita, sacrifique en el altar de la diosa de la faldita, arrójese el cesto que será vaciado en la carrolada trasandante en que humisan las aeras subalternas que piquean los dulces desechados.



EL BANCO QUE TIEMBLA

AQUEL caballero había fracasado en todas las especulaciones y ya no lo dejaban entrar en la Bolsa porque hacía mal de ojo a los valores.

De todas maneras sentía en sí mismo una vocación especial por el mundo de los negocios, como si en su alma hubiese una facultad misteriosa para apreciar los misterios bancarios.

Fantasma de los alrededores de los grandes bancos, se paraba a leer las cotizaciones como si jugase algo en su interior.

Así en esa expectación desinteresada llegó a darse cuenta de que tenía una extraña sensibilidad para ver oscilar los bancos, sintiéndolos temblar entre dos lucros.

El fracasado en las jugadas directas, especuló con aquella doble cita que le permitía saber antes de que quebraran oficialmente los bancos que temblaban bajo el nerviosismo de la ruina inminente.

Su negocio era señalar que altos edificios tenían esa tremulación visual y

CAPRICHIOS

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA

(Para La Nación) - MAURICIO, septiembre de 1932

ILUSTRACIONES DE ERNESTO SCOTTI

aconsejar la retirada de fondos a sus clientes.

LA GUITARRA DE OTRO

HABIA comprado su guitarra en una casa de empeños, rescatándola a ese fondo sórdido en que todo queja se embota entre colchones.

Pronto notó que su guitarra tenía un temple especial para las cosas dolorosas y retumbaban en ella otros dedos que los suyos.

Sentía a su espalda otro teclado triste con mechón de luto sobre la frente que rasguaba la pena de su guitarra perdida, obligándola a insistir en el bor-

dón para no quedarse lejos de su melancolía lenta, parsimoniosa, dormitante en las cuerdas.

Quería presentarse animoso, dueño victorioso de su guitarra, y en el momento de comenzar se sentía respaldado por un duelo que le hacía sombra.

No acompañaba bien sino los tonos tristes y los languillos lacrimosos, resultando un maestro en la música de los respuestas del crimen y del amor cruel.

Un día por fin se rescató a la presencia del "otro", abandonando aquel sarcófago de ilusiones y adquiriendo una guitarra nueva como una moza sin resabios, recién pedida a un padre.

EL PERRO INCREIBLE

LA dama snob quería tener un perro único, y para ello se ingenió de tal modo que logró incubar un perro extraño, mezclado de zapato, tornos de limpiar el polvo, pelusas de los rinceones, patas de velador, restos de guapachería, superficialidades de ralea, clavos de estera, pedazos de burlete, manchas de los finteros caídas, etc., etc.

Aquel perro inconcebible elegaba su figura esbelta en los elegantes paseos y en los salones causaba la repugnancia que ella deseaba, provocando, dejando en sus omigas una impresión de denltero irresistible que les dejaba crispadas, figurando en sus pesadillos el perro hecho de detritus y desperdicios.

Parecía arrastrar uno de esos perros de clown que tienen algo de beagoo, de cacodilo y de oso hormiguero, y su traje a la última moda era más ideal volando con su esclavina sobre la abyecta figura de su perito.



BRINDIS CIENTIFICO

LOS dos hombres de ciencia del mandil blanco trabajaban su hallazgo en laboriosa colaboración. El uno a un lado y el otro al otro de la mesa de cristal, juntaban los líquidos más diferentes en un tubo de ensayo.

¡Si llegasen a encontrar lo que buscaban!

Desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche combinaban microbios, sueros y líquidos de colores inexplicables como preparando el cocktail de la ciencia.

Un día por fin exclamaron: "¡Ya está!" y con frenética alegría levantaron dos o tres tubos de ensayo con la pidienda de la muerte sin salvación, y después de brindar se bebieron su contenido.

La embriaguez científica del descubrimiento les llevó a una muerte fulminante, víctimas del delirio de la invención.

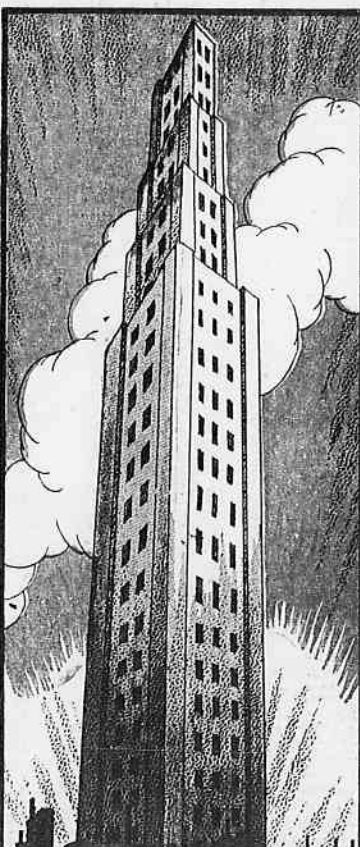
EL TIBOR DE LA EMBAJADA

LOS embajadores de la China que hoy repartidos por el mundo son los más importantes personajes y todos tienen tibores de un precio incalculable, piezas únicas de las porcelanas que crearon los dioses.

Pero aquel embajador que tuvimos— los más importantes son los embajadores que "tuvimos"—tenía un tabor más único que los demás tibores, un tabor que sólo enseñaba al final de las grandes recepciones, cuando se quedaba con los dos o tres personajes que gozaban de su intimidad.

En esa hora de confianza, cuando el humo oriental de los cigarrillos consumidos por los que se fueron y el humo del champá derrochado dejaban sobreexcitado el ambiente de los salones, el embajador que tuvimos se aproximaba al tabor excepcional y hacía que hablase del alma antigua de su raza, la mujer equisita del pasado, la tradición mágica del imperio poético de los primeros tiempos.

Los que asistieron en las recepciones del embajador que tuvimos y se quedaron o última hora en los salones llenos de la demasiado luz que invade los salones llenos de ausencias, cuando se quedan solos y desolados, no olvidarán nunca la elocuencia del tabor impar con el que el embajador que tuvimos hacía una experiencia de ilusionismo digna de un embajador.



RASCACIELO

DE día el rascacielo yérguese entre humo y sol y tiene un alma.

De la pradera y el valle, de las calles de la ciudad, afluye gente a él, mezclándose en sus veinte pisos; gente que vuelve a ser arrojada a las calles, las praderas y los valles.

Son los hombres y las mujeres, los muchachos y las muchachas, así entrando y saliendo todo el día, quienes dan al edificio un alma de ensueños, pensamientos y recuerdos.

(Enrístico en el mar o establecido en un desierto, ¿quién se preocuparía por el edificio, o decir su nombre, o preguntarle a un vigilante el camino hacia él?)

Los ascensores resbalan en sus cables, tubos recogen cartas y paquetes y pipas de acero acarrean el gas y el agua y lo desaguan.

Hilos telegráficos transmiten secretos, llevan luz y palabras y divulgan pánico, ganancias y galanteos — maldiciones de hombres proyectando negocios y disquisiciones de mujeres en tramas de amor.

Hora por hora los clientes enránzanse en el corazón de la tierra y sostienen el edificio en un planeta que gira.

Hora por hora la mano del albañil y la argamasa unen las piezas y partes según el plano concebido por el arquitecto.

Hora por hora los andamios, haciendo veces de costillas, sostienen juntos las paredes de piedra y los pisos.

Hora por hora el sol y la lluvia, el aire y la herrumbre, y el empuje del tiempo acrecentando centurias, juegan en el edificio dentro y afuera, y lo desgastan.

Los hombres que apuntalaron las pilasstras y los que hicieron la argamasa están sepultados donde el viento silba una canción agreste sin palabras.

Y así también los hombres que estiraron los alambres y fundieron las pipas y tubos y aquellos que lo vieron elevarse piso por piso.

Las almas de todos ellos están aquí, como así también la del peón carretero mondigando centenas de millas afuera, y la del albañil que fué a dar a la cárcel por haber baleado a otro hombre mientras estaba borracho.

(Un hombre cayó desde un andamio quebrándose el pescuezo — él está aquí —; su alma ha pasado a las piedras del edificio).

En la hilera de puertas de las oficinas, centenares de nombres, y cada nombre puesto para inscribir la muerte de un niño, un amante apasionado, una impulsiva ambición para un negocio de un millón de dólares o una ociosa vida de langosta.

Detrás de las chapas de las puertas ellos trabajan y las paredes no cuentan nada de pieza a pieza.

Estenógrafos a diez dólares la semana redactan las cartas de los empleados de las corporaciones, abogados, ingenieros, y zurrones con toneladas de cartas salen del edificio a todos los rincones de la tierra.

Sonrisas y lágrimas de cada muchacha oficinista van dentro del edificio, lo mismo que las del directorio que lo rige.

Las manecillas de los relojes señalan el mediodía, y cada piso vacía sus hombres y mujeres que salen a almorzar y luego vuelven al trabajo.

Hacia el final de la tarde toda obra afloja y todo trabajo va despacio a medida que la gente siente que el día termina.

Uno por uno los pisos se desocupan... Los uniformados ascensoristas se fueron. Los cubos rechaman. Los barrenderos trabajan hablando en idiomas extranjeros. A fuerza de agua, escoba y estopa, limpian de los pisos las huellas humanas, los escupitajos y la diarrea suciedad de la máquina.

En lo alto, los avisos luminosos indican, millas a la redonda, dónde comprar una cosa. Los avisos luminosos habían hasta medianoche.

Obscuridad en las calzadas. Eco de voces. Silencio sostenido. Los serenos caminan despacio de piso a piso, y prueban las puertas. Los revólveres se comban en sus cartucheras, al costado... Las cajas de acero puestas en ángulos. El dinero está hacinado en ellas.

Un joven sereno se apoya en una ventana y ve las luces de los lanchones enfilando su ruta a través del puerto, redes de linternas blancas y rojas en un patio de estación, y un relazo de obscuridad vetado de blanco y manchas de cruces y racimos sobre la ciudad dormida.

De noche el rascacielo yérguese entre el humo y las estrellas y tiene un alma.

